

misión de aquel tiempo, sino en Francia, en la misma capital. Oyendo más que otro alguno los clamores de una opinión pública el ministro de Policía, duque de Rovigo, y no temiendo los accesos de enojo de Napoleón, de los cuales tenía ya costumbre de no hacer caso, se atrevió á escribirle muchas veces lo que ninguno de sus ministros osaba manifestarle, esto es, que la paz era urgente; que no había que esperar un nuevo esfuerzo, semejante al que acababa de conseguirse, de la Francia ya fatigada; que todos los enemigos del gobierno, desalentados y dispersos hasta entonces, ya recuperaban los bríos y la esperanza; que los revolucionarios, oprimidos bajo los recuerdos de 1793 por largo tiempo, los Borbones, olvidados de muy atrás y del todo, nuevamente aspiraban á hacer una figura, y que estos últimos divulgaban manifiestos que eran leídos con cierta curiosidad y sin ira. Todas estas aseveraciones eran verdaderas; y saltaba á los ojos que la idea de otro gobierno que el de Napoleón, idea á que ningún espíritu había dado cabida en el curso de catorce años, ni aún á la vuelta de Moscu, prolongándose situación semejante, empezaba á penetrar en la mente de muchas personas, y se iba á hacer general, si seguía la guerra; que así como al lado del general Bonaparte se había buscado un refugio contra la anarquía, se iría pronto á buscar al lado de los Borbones un refugio contra la guerra perpetua. Más ó menos á las claras, más ó menos hábilmente, esto fué lo que el ministro de Policía, duque de Rovigo, procuró dar á entender á Napoleón con una osadía honrosa, aunque fuera más meritoria y de más provecho si Napoleón diera más importancia á lo que venía por su conducto. No se aventurara el príncipe Cambaceres á decir otro tanto aun cuando fuera más allá en su pensamiento, pues entonces tomara más en serio la cosa, y de consiguiente con menos paciencia. Sin embargo, cansado Napoleón de las cartas del duque de Rovigo, encargó al príncipe Cambaceres que le significara que le producían molestia, y que, manifestando tanto amor á la paz, se le dañaba más que se le servía, que se coadyuvaba á hacer á sus amigos más exigentes, acreditando la especie de que Francia no podía ya hacer la guerra; que sólo él sabía cómo era menester gobernarse para dar la paz á Francia con seguridad y con honor; que, ingiriéndose el duque de Rovigo en este asunto, se entremetía en lo que ignoraba, y en suma que se callara, porque no aguantaría largo tiempo semejantes indiscreciones.

Dura y todo esta reprimenda, no era de índole propia á intimidar ni á desalentar al duque de Rovigo, porque no tomaba más en serio los arrebatos de Napoleón que éste la política de su ministro de Policía, y muy pronto se debía permitir otra tentativa, á la verdad no más venturosa, pero que demostraba hasta qué punto la necesidad de la paz era universalmente sentida, dado que penetraba por entre el despotismo, que envolvía entonces á toda Francia y pesaba tan ominosamente sobre ella.

Después de cerrar la boca Napoleón al duque de Rovigo, dió un empleo al duque de Otranto. Ya había hallado uno para el mariscal Soult en España, y encontró otro para el duque de Otranto de resultas de un accidente tan singular como lamentable. Después de la herida que recibió en Portugal el general Junot en la

cabeza, nunca recuperó sus facultades físicas y morales. Durante la campaña de Rusia no se le vió su habitual ardimiento, aunque no fuera tan censurable se le supuso, y las reconvenciones que por Napoleón le fueron dirigidas le acabaron de quitar el juicio. Enviado á Laybach como gobernador de la Iliria, de pronto dió señales de locura, hasta el extremo de ser preciso llevarle á la fuerza á Borgoña, su país nativo, donde murió de allí á poco.

Napoleón nombró á Mr. Fouché gobernador de la Iliria, empleo poco amoldado á la gran situación de este antiguo ministro, si bien aceptólo por considerar buena toda manera de volver á entrar en funciones. Al paso por Praga debía de ver á Mr. de Metternich, y de aprovecharse de las antiguas relaciones para sostener cerca de este ministro las pretensiones de la Francia. Harto pequeño era el recurso en comparación del designio, é incapaz de compensar el mal efecto que iba á producir en Austria un nombramiento de esta clase, harto demostrativo de la poca disposición á renunciar á la Iliria.

Incontrastable Napoleón, por más que á veces estuviera agitado, en su manera de negociar; reducido, según se ha visto, á ganar tiempo, ora para obtener si era posible una nueva prórroga del armisticio, ora al menos para diferir algunas semanas la entrada en acción del Austria, ora para romper el congreso por una cuestión de forma, y no tener que decir á Europa, y sobre todo á Francia, que rehusaba la paz á causa del protectorado del Rhin y de Hamburgo, para salir airoso de este manejo, hizo que con el principio de las negociaciones coincidiera un segundo viaje, que tenía resuelto para fines de julio con el objeto de visitar á la emperatriz en Maguncia, y que no podía menos de introducir nuevos tropiezos en el curso de las negociaciones. Con efecto, había citado á María Luisa en Maguncia para el 26 de julio con ánimo de permanecer algunos días á su lado, y sobre todo de pasar revista á las divisiones destinadas á formar los cuerpos de los mariscales Saint-Cyr y Augereau. Al marchar dejó los poderes para Mr. de Caulaincourt, que debía dirigirse á Praga tan luego como de los comisionados reunidos en Neumarck se recibiese una respuesta satisfactoria relativamente al término exacto del armisticio: á estos poderes añadió instrucciones, acordadas con Mr. de Basano, para que, ya en Praga, pudiese Mr. de Caulaincourt emplear de una manera especiosa los seis ú ocho días que iba á durar su proyectado viaje á orillas del Rhin.

Ya era el 24 de julio, y no se calculaba que la respuesta de Neumarck llegase antes del 25 ó del 26. Mr. de Caulaincourt debía de partir al día siguiente, de perder uno ó dos días en entablar relaciones con los plenipotenciarios, de dedicar cinco ó seis á discutir sobre la presentación de los poderes y sobre la forma de las conferencias. Si, á impulsos de su pacífico celo, se manifestaba Mr. de Caulaincourt apremiante y pedía autorización á Mr. de Basano para ir más lejos, Mr. de Basano le debía permitir que hiciera algunas concesiones respecto del canje de los poderes y de la forma de las negociaciones, si bien prohibiéndole expresamente entrar en el fondo de las cosas. Fácil sería llegar de esta suerte hasta el 3 ó el 4 de agosto, día probable de la vuelta de Napoleón á la capital de Sajonia, y entonces

él mismo trazaría la conducta que se había de seguir ulteriormente.

Después de fijar á tenor de estos datos las instrucciones, Napoleón adoptó sus providencias para partir el 21 de julio por la noche. Al mismo tiempo expidió algunas órdenes relativas á sus tropas. Los dos meses perdidos para las negociaciones no lo fueron naturalmente para los aprestos militares. Bien acampada, bien mantenida, bien ejercitada, había ganado la infantería bajo todos conceptos y particularmente bajo el de la fuerza numérica. Del todo había cambiado la caballería; era numerosa y hallábase bastante bien montada. Se veían en mejor estado los potros, casi todos heridos á la entrada de la campaña. Nuestros jinetes, tan prontos en formarse, ya sabían servirse de sus caballos y cuidarlos. Además de la caballería ligera agregada á cada cuerpo de ejército, contaba Napoleón cuatro excelentes cuerpos de caballería de reserva á las órdenes de los generales Latour-Maubourg, Sebastiani, de Padua y de Valmy. Formada la guardia de cinco divisiones de infantería, presentaba además doce mil jinetes con doscientas bocas de fuego bien servidas.

Mil quinientos guardias de honor habían llegado á las órdenes del general Dejeán á Dresde. Esta bizarra juventud que al pronto no había partido con las mejores disposiciones, ya entrada en línea, sólo aspiraba á distinguirse á los ojos del grande ejército. Excelente era el cuerpo del general Vandamme, que Napoleón había visto en Magdeburgo, compuesto de reclutas, si bien dentro de los viejos cuadros vultos de Moscu. Las cuatro divisiones organizadas en Maguncia y destinadas á ir por Wurtzburgo, Hof, Freyberg y Dresde á Koenigstein, avanzaban hacia este punto, y ofrecían un aspecto satisfactorio, aunque llenas de jóvenes como toda la hueste. Enviadas de todas partes las provisiones llegaban por el Elba á Dresde, donde en la actualidad se habían reunido más de cincuenta mil quintales de granos y harinas. Merced á la actividad del mariscal Davout, ya salían por decirlo así de debajo de tierra las fortificaciones de Hamburgo; ya contaban en batería doscientas bocas de fuego, que iban á ascender á trescientas muy pronto. Así todo se llevaba á remate á tenor de las miras de Napoleón, y el progreso de sus designios no le predisponía á la paz de ningún modo, lo cual autorizaba á Mr. de Basano para decir que las fuerzas del emperador eran inmensas, y su genio cada día más grande; que Europa debía temblar de resultas, y que no tocaba al más fuerte hacer sacrificios al más flaco.

Aspirando Napoleón á comunicar algo de animación á sus campamentos, donde, salvo las horas dedicadas á las maniobras, estuvieran ociosas sus jóvenes tropas durante dos meses, para ocuparlas ideó una especie de ejercicio tan activo como provechoso, ordenando que tiraran al blanco; y á fin de interesarlas más en este ejercicio importante, quiso que se distribuyeran premios proporcionados á su puntería. Los seis mejores tiradores de cada compañía recibirían un premio, y se unirían después todos los del mismo batallón para competir juntos y optar á otro premio triple que el precedente. Los de los batallones se debían unir por regimientos, los de los regimientos por divisiones, los de las divisiones por cuerpos de tropas, y concurrir de nuevo á pre-

mios sucesivamente más altos, de modo que los mejores tiradores de un cuerpo de ejército podían alcanzar premios que subían hasta cien francos. Todos estos premios representaban un desembolso de cien mil francos, gasto insignificante á todas luces, y más ofreciendo la ventaja inapreciable de mejorar la puntería, de ocupar y de distraer á los hombres y de proporcionarles la ocasión y el medio de agasajar á sus camaradas. También dispuso Napoleón que se pagara el sueldo á los oficiales, á fin de que pudiesen disfrutar de los pocos días que les quedaban de descanso, y ¡ay, que para la mayor parte de ellos eran los últimos de su vida! Se aproximaba el día del santo de Napoleón, como que se celebraba el 15 de agosto, y quiso que el día 10 se festejara, á fin de que, debiendo comenzar el 17 las hostilidades, no estuviesen demasiado cercanos los regocijos á las nuevas escenas de matanza que preveía. En todos los campamentos se habían de dar el día 10 comidas á sus expensas y en honor suyo. Los oficiales debían comer en casa de los mariscales, juntos los soldados y en mesas servidas al aire libre. Abundantemente había de circular el vino, bebiéndose ora á la salud de Napoleón, ora al triunfo de las armas de Francia. Así procuraba Napoleón amenizar en cierto modo la guerra, y mezclar los regocijos á la muerte. Para Maguncia salió el 24 de julio, dejando tras sí invariablemente previstas y providenciadas todas las cosas.

Al cabo el día 26 respondieron los comisionados de Neumarkt de una manera satisfactoria relativamente al día fijo de la vuelta de las hostilidades, y después de conferenciar sobre este punto con el emperador Alejandro, y especialmente á consecuencia de las vivas observaciones de Mr. de Metternich, reconocióse que el general en jefe Barclay de Tolly había comprendido mal las palabras de su soberano, y que, si podía ser denunciado el armisticio el día 10 de agosto, no expiraba hasta el 16 sin embargo, lo cual retardaba hasta el 17 la vuelta á las hostilidades. Según se ha visto, esta mala inteligencia provino de la falta de claridad con que el emperador Alejandro dió á conocer una concesión que le embarazaba ante los partidarios impacientes de la guerra y de la poca propensión de éstos á interpretar en el sentido de la paz las estipulaciones dudosas. A la sazón se hallaba el emperador Alejandro en Trachenberg, pequeña ciudad de Silesia, adonde se había dirigido desde Reichenbach con el rey de Prusia, y con la mayor parte de los generales de la coalición, para conferenciar con el príncipe de Suecia sobre el plan de las operaciones futuras. Esta reunión, muy deseada por los dos soberanos, con el designio de encadenar definitivamente al antiguo mariscal Bernadotte á su causa y de poner término á sus vacilaciones prolijas, distaba mucho de agrandar á los oficiales rusos y alemanes, y menos á éstos. Se hablaba de conferir al príncipe real un mando importante, y se le preparaban honores extraordinarios en su camino, á fin de tocarle por el lado sensibilísimo de la vanidad que henchía su alma. Estas contemplaciones á un hombre, que á los ojos de los alemanes y de los rusos no tenía otro mérito que el de ser general francés y que estaba lejos de figurar entre los de más valía, excitaban hasta el más alto punto los celos nacionales en los estados mayores aliados. Al decir de ellos, sus monarcas pretendían declarar que un general fran-

cés, mediocre y todo, valía más que los generales de la coalición sin excepción alguna, y que era título de honor esgrimir las armas contra el país propio. Con imponderable disgusto miraban la perspectiva de militar bajo su mando.

Desgraciadamente usaban del mismo lenguaje respecto de otro general francés, grande hombre de guerra, dotado de verdaderas virtudes cívicas y militares, y no remunerado á semejanza de Bernadotte con una corona por premio de servicios inmensos, sino con el destierro por premio de servicios escasos, y que vencido por el fastidio, la holganza, la irritación que le inspiraba un rival dichoso, y el horror que le hizo sentir la campaña de Moscou, se dejó persuadir á abandonar la América por la Europa. Este general era el ilustre Moreau. Había llegado á Estocolmo, atraído allí por Bernadotte, que parecía estimulado á proporcionarse imitadores. Rodeado en aquella capital de funestos consejos, agitado, combatido, desgraciado, consultándose acerca de si obraba bien ó mal, caminaba sin echarlo de ver á un abismo, dominado por sentimientos confusos que creía honestos, á causa de que, bajo la sincera indignación que experimentaba, no descubría por cuánto entraban el odio y la ociosidad en su conducta. Mucho se hablaba de esta llegada, y se decía que el general Moreau estaba destinado á ser consejero del emperador Alejandro. De aquí nació un nuevo motivo de desagrado para los militares rusos y alemanes, quienes mortificados por dobles celos, preguntaban si quizá creerían sus soberanos que para vencer á los generales franceses no había suficiencia más que en otros generales franceses.

Sea como quiera, el antiguo mariscal Bernadotte había ido á Trachenberg, y viajando, no con sencillez extremada, á semejanza de los soberanos de Rusia y Prusia, sino con deslumbrador fausto, y á semejanza de un soberano que recorriera sus Estados en una ocasión solemne. Habiendo pasado revista á algunas de sus tropas, que ya se aprovechaban del armisticio para dirigirse á Prusia, asomó cerca de Stettin, donde había una guarnición francesa. Su cabeza inflamable comenzaba á persuadirse de que Napoleón, aborrecido por Europa y ominoso para Francia, no podía reinar ya mucho, de que los Borbones, olvidados por largo tiempo, no podrían ser repuestos á los ojos de la generación presente, y de que por lo tanto le tocaría reemplazar á Napoleón sobre el trono de Francia. En su orgullo no comprendía el insensato que tras de la gloria se apoderaría de los ánimos solamente la tradición antigua, y que la mancha manchada de sangre francesa no estaba llamada á suceder al genio sin ventura. Mientras bajo los muros de Stettin se presentaba á caballo á la vista de la guarnición francesa, se oyeron algunos tiros, sin que se pudiese averiguar quién los había disparado. Oficiales de Bernadotte fueron á quejarse al bizarro general Dufresne, comandante de la plaza, de esta violación del armisticio. «No es nada, respondió aquel jefe con ironía, la gran guardia ha descubierto un desertor y le ha hecho fuego.»

Conducido de parada en parada en medio de escoltas numerosas y de una espléndida comitiva, el príncipe de Suecia fué objeto en Trachenberg por parte del emperador Alejandro y del rey de Prusia de una acogida extraordinaria, como si les llevara el genio de Napoleón ó

el de Federico el Grande. Por lo demás debía aquellas atenciones afectadas menos á sus talentos que á los temores que sobre su fidelidad había inspirado y al deseo de presentar á un lugarteniente de Napoleón, fatigado de su predominio hasta el punto de volver las armas en su contra. Si á la cualidad de francés y de lugarteniente de Napoleón, juntara la de ser hermano suyo, aún fueran mayores los homenajes, pues se hallara su defección más significativa. Hasta el día en que se rompió con Dinamarca y se adjudicó la Noruega á Suecia de una manera definitiva, alternadamente el nuevo sueco había prometido, vacilado, y aun amenazado; pero al fin acababa de abrazar su partido y poner en movimiento veinticinco mil suecos. Por galardón de este refuerzo, excelente sin duda, pues no había soldados más briosos, ni animados de mejores sentimientos que los suecos, quería imponer extrañas exigencias. Deseaba ser generalísimo, ó á lo menos mandar á todos los ejércitos no mandados por los dos soberanos en persona. Se le resistió blandamente, y poco á poco se le trajo á pretensiones de menos bulto, por la razón muy obvia de que los puntos ocupados necesariamente no permitían que los diversos ejércitos operaran bastante cerca unos de otros para que los pudiese guiar un solo caudillo. Después de los debates que duraron desde el 9 al 15 de julio, se convino en el plan de campaña de que se va á dar cuenta, fundado en la cooperación de los austriacos, pues aun cuando se les hubiese encargado que negociaran por todo el mundo, la convicción generalmente espardida de que Napoleón no aceptaría su sistema de pacificación, inducía á considerar sus tropas reunidas en Bohemia, en Baviera, en Stiria, como inevitablemente destinadas á obrar en unión de los ejércitos prusiano y ruso.

Avalorando el peligro de venir con Napoleón á las manos, se propusieron abrumarle por la masa de fuerzas, y no se desesperaba á la verdad de reunir ochocientos mil soldados, en primera línea quinientos mil de ellos, y maniobrando concéntricamente sobre la capital de Sajonia. Tres grandes ejércitos activos estaban encargados de expulsar á Napoleón de la posición de Dresde, donde se alcanzaba que iba á establecer el centro de sus operaciones. Un ejército de doscientos cincuenta mil hombres, formado en Bohemia con ciento treinta mil austriacos y ciento veinte mil prusianos y rusos, y puesto por lisonjear á la corte de Viena á las órdenes de un general austriaco, debía operar sobre el flanco de Napoleón por la Bohemia. Otro de ciento veinte mil soldados, á las órdenes del general Blücher en Silesia, y compuesto en número igual de rusos y prusianos, debía marchar en derechura por Liegnitz y Bautzen sobre Dresde, ínterin otro de ciento treinta mil hombres y confiado al príncipe de Suecia, compuesto de suecos, de prusianos, de rusos, de alemanes y de ingleses, se encaminaría desde Berlín hacia Magdeburgo. Acordóse que estos tres ejércitos marcharan prudentemente, evitaran los encuentros directos con Napoleón, retrocedieran cuando asomara para caer sobre aquel de sus lugartenientes que hubiese dejado sobre sus flancos ó su espalda, retrogradaran de nuevo cuando fuera en auxilio del lugarteniente amenazado, se arrojaran de seguida sobre otro, se dedicaran á agotarle así de fuerzas, y cuando le creyeran suficientemente debilitado, se aprovecharan de

un momento favorable para echársele encima y ahogarle en los cien brazos de la coalición. Si á pesar de la recomendación hecha á todos los jefes de no cometer temeridad alguna, de mostrarse cautos respecto de Napoleón y atrevidos contra sus lugartenientes, llegaban á ser batidos, no por esto debían desalentarse, pues quedaban trescientos mil hombres de reserva prontos á cubrir las bajas del ejército activo y á hacerle indestructible, á fuerza de renovarlo de continuo. En suma, resolvióse vencer ó morir hasta el postrero. Prusia tenía reservas en Silesia, el Brandeburgo y la Pomerania; Rusia en Polonia, y Austria en Bohemia. Esta última potencia debía reunir además un ejército de observación en Baviera, otro activo en Italia, y bajo la hipótesis desgraciadamente harto verosímil de una ruptura con nosotros, permitía que se formaran cálculos sobre sus fuerzas como ya unidas á la coalición, lo cual daba margen á decir falsamente que ya estaba comprometida al cabo con nuestros enemigos, y que la negociación de Praga no era más que una engañifa así por su parte como por la nuestra.

Este plan, basado sobre las maniobras probables de Napoleón y demostrativo de que había dado lecciones á sus adversarios, de las cuales sabían sacar fruto, había salido de la cabeza, no del príncipe de Suecia, sino de los generales rusos y prusianos habituados á nuestro modo de hacer la guerra. Bernadotte no estaba satisfecho de la parte que le incumbía, á pesar de ponerse al frente de ciento treinta mil hombres, cien mil de los cuales podían concurrir á un mismo campo de batalla, empresa muy superior á sus facultades, pues nunca había dirigido más de veinte mil soldados, y siempre á las órdenes de otro caudillo. Además de este ejército hubiera querido mandar el de Silesia y tener al mismo Blücher bajo su mando, creyendo que se debía esta distinción á su categoría regia y á sus talentos militares. Pero semejante pretensión debía encontrar obstáculos insuperables. En torno de Blücher se reunían los oficiales alemanes más distinguidos y más patriotas, y más comprometidos en las sociedades secretas alemanas, gentes á quienes Bernadotte desagradaba á todas luces, por francés, por traidor á su patria, por especulador que de un año atrás estaba poniendo como á subasta sus servicios harto dudosos, por general en fin presuntuoso, sin embargo de ser su mérito muy cuestionable. A todos sublevaba la idea de obedecer á tal caudillo, y en Trachenberg usaban del lenguaje más injurioso para el príncipe de Suecia. No hubo, pues, más arbitrio que aplicarse á hacerle entender la necesidad de renunciar á pretensión tan extraña, debiendo operar los tres ejércitos muy distantes unos de otros, para que se les pudiera someter á un jefe, y sólo por satisfacerle, se acordó que en el caso de que el ejército de Silesia fuera llamado á cooperar con el del Norte, pues así se denominaba el suyo, podría dar órdenes al uno y al otro. Se indujo á Blücher y á sus oficiales á admitir esta eventualidad, por desagradable que les fuese, manifestándoles que los dos ejércitos destinados á encontrarse y á operar juntos eran el de Silesia y el de Bohemia, teniendo por objeto común á Dresde, y que, por el contrario, el del Norte, amenazando á la vez á Hamburgo y á Magdeburgo, tendría muy pocas probabilidades de hallarse con el de Silesia, que, si miraba también al Elba, era por más arriba.

Tras de estos acuerdos, despidióse á Bernadotte embriagado con un incienso quemado por manos reales, y el emperador Alejandro y el rey de Prusia volvieron á Reichenbach para aguardar el desenlace de las negociaciones, en cuyo resultado no creían el uno ni el otro, cuyo éxito feliz deseaba poco Alejandro, siempre irritado contra Napoleón y muy lisonjeado por la idea de guiar á la Europa, y cuya feliz terminación aceptara Federico Guillermo, si alguna fe pudiera darle, á impulsos de su constante y prudente desconfianza de la fortuna. A su retorno fué cuando los comisionados de Neumarckt dieron la respuesta que acaba de ser mencionada, y que ya no consentía pretexto alguno para retener por más tiempo á Mr. de Caulaincourt en Dresde.

Este digno y animoso personaje recibió el día 26 de Mr. de Basano las instrucciones que le había dejado Napoleón antes de marchar á Maguncia. Aunque nada se dijera en ellas de lo substancial de las cosas, tan detalladas de buena voluntad estaban las dificultades de forma, y tan á las claras expuestas como un medio de perder tiempo, que Mr. de Caulaincourt quedó consternado. Sólo con la intención de promover una paz, indispensable en su concepto, había aceptado el papel de plenipotenciario en Praga, papel más penoso para él que para nadie, porque después de haber gozado el especial favor del emperador Alejandro, se le debía hacer muy sensible no obtener, si le encontraba, más que una frialdad ofensiva, y experimentar, si no le encontraba, la misma frialdad por parte de sus agentes más vulgares. Tan costoso se hacía á su decoro como á su patriotismo exponerse á tratamientos semejantes, para no prestar servicio alguno y para representar una insulsa comedia. Sin embargo, se puso en camino con la simple esperanza de conjurar al menos en parte los efectos de la mala voluntad de su soberano, y al salir de Dresde le dirigió la siguiente carta, que debe conservar la historia:

«Dresde 26 de julio de 1813.

»SEÑOR:

»Necesito desahogar mi corazón antes de salir de Dresde, para no llevar á Praga más que el sentimiento de los deberes que V. M. me ha impuesto. Son las dos de la tarde. Sólo me entrega el señor duque de Basano las instrucciones que las respuestas de Neumarckt y las órdenes de V. M. no le han permitido darme antes: tan distintas son de los ajustes á que parecía asentir V. M. al determinarse á aceptar esta misión, que no vacilaría en renunciar otra vez al honor de ser su plenipotenciario, si, después de perdido tanto tiempo, no se contarán en Praga las horas, mientras V. M. está en Maguncia, y todavía estoy yo en Dresde. Cualquiera que sea, pues, mi repugnancia á negociaciones tan ilusorias, me penetro ante todo de mis deberes, y obedezco. Mañana estaré en camino, y pasado mañana en Praga, según se me ordena; pero permitidme, señor, que las reflexiones de vuestro fiel servidor tengan aquí nueva cabida. Tan nebuloso se presenta el horizonte político de un día á otro, tan grave es el aspecto de todo, que no puedo resistir al deseo de suplicarle nuevamente que, antes del término fatal, adopte una resolución favorable, según me lo hace esperar su ministro. Ojalá se convenza V. M. de que el tiempo apremia, de que la

irritación de los alemanes es extremada, y de que la exasperación de los espíritus, más que el miedo de los gabinetes, comunica un movimiento acelerado é irresistible á los sucesos. Austria está muy comprometida para que retroceda, si la paz del continente no la tranquiliza. V. M. sabe de seguro que en mi súplica no abogo por la causa de esta potencia, que no pido que se la galdone por su abandono en nuestros reveses; que no quiero apartar sus ciento cincuenta mil bayonetas del campo de batalla, aun cuando esta consideración merezca no ser desatendida; lo que ruego á V. M. que evite á toda costa es el levantamiento de Alemania, á la cual podría guiar el antiguo ascendiente de la corte de Viena. Cuantos sacrificios hagáis con este objeto, y por consiguiente sin demora á una paz inmediata, os harán, señor, más poderoso que os han hecho vuestras victorias, y seréis el ídolo de los pueblos, etc.»

Por desgracia no debía ser de ningún provecho este lenguaje de un hombre honrado, que al ver una gran parte del mal no lo veía del todo, pues no ciento cincuenta mil austriacos, sino trescientos mil eran los que se trataba de traerse encima, y se trataba de arrostrar, no el levantamiento de Alemania, sino el de toda Europa. Sin embargo, no renunciando á intentar el bien, por débil que fuera la esperanza de realizarlo, marchó el duque de Vicencio á Praga, donde se le aguardaba con impaciencia. Digna de su persona y de la reputación que se había ganado en Europa fué la acogida que allí se le hizo. Al saber su partida de Dresde suspendiéronse todas las pláticas hasta su llegada. Después de ponerse en comunicación con los plenipotenciarios prusiano, ruso y austriaco, volvió con Mr. de Metternich al viejo tema de que ya Mr. de Narbonne había hecho uso algunos días, sobre no ser posible entregar los poderes ni someter las materias que se habían de discutir sino á una común asamblea, delante y bajo la presidencia del mediador, bien que en conferencia de todos con todos. Esta dificultad, sería á no dudarlo, si aún se abrigase la esperanza de una avenencia directa con Rusia, no debía merecer tanta insistencia por nuestra parte, no pudiéndose ya hacer la paz sino por Austria y á su gusto. Hasta nos era más cómodo tener al mediador por órgano principal que abocarnos con dos plenipotenciarios mal dispuestos y poco solícitos en facilitar una paz, deseada sólo por Austria. Lo patentizaba el deseo evidente de Mr. de Metternich de atraer á Mr. de Humboldt y á Mr. de Anstett á una concesión acerca de esta cuestión de forma, para hacer al menos posible la apertura del congreso. Cuando él mismo quería un abocamiento directo de los plenipotenciarios franceses con los plenipotenciarios prusiano y ruso, bien se descubre que ya no abrigaba temor alguno.

Por lo demás, hablando ingenuamente con Mr. de Caulaincourt, al modo que con Mr. de Narbonne, le demostró la inutilidad de discutir á la larga sobre las formas seguidas en Múnster, en Tetschen, en Sistow, puesto que los dos plenipotenciarios tenían empeñado el amor propio y el interés en la vía donde habían entrado; el amor propio, á causa de haber ya entregado sus poderes al mediador; el interés, á causa de no querer que se les acusara de pactar secretamente con la diplomacia francesa, y de que tratar por medio de notas entregadas al mediador era el único medio que no se

prestaba á falsas interpretaciones. Por estos motivos no consentirían en ceder; según dijo, y también porque no anhelaban tanto la paz que acallasen por conseguirla su interés y su amor propio, y que por consiguiente serían inútiles cuantas discusiones se tuvieran con ellos; que á mayor abundamiento veía á las claras que Napoleón no tenía el deseo más leve de llegar á un resultado; que mientras se empeñara en batallar sobre terreno semejante, había que inferir su aversión á dar hacia la paz un solo paso, que así era ocioso agitarse por obtener sobre cuestiones de forma concesiones que á nada conducirían relativamente para lo substancial de las cosas; que era necesario esperar y esperar hasta la última hora porque con un carácter tan extraordinario como el de Napoleón todo era posible, que podría muy bien suceder que el último día y en el postrer momento enviara de improviso órdenes para tratar sobre bases aceptables, y brotar de súbito la paz de una situación actualmente desesperada; que bajo este supuesto, poco verosímil sin duda, si bien admisible, aguardaría hasta el 10 de agosto á media noche; que renovaba la seguridad formal de que hasta entonces no se comprometía con nadie, pero que el 10 de agosto á media noche estaría irrevocablemente con nuestros enemigos; que en nombre de su soberano firmaría un tratado de alianza con las potencias coligadas y figuraría entre el número de nuestros adversarios más resueltos á vencer ó á morir.

Mr. de Metternich repitió estas cosas, que ya había dicho á Mr. de Narbonne, con un tono tan reposado al par que tan firme, con testimonios tan afectuosos para Mr. de Caulaincourt y con una sinceridad tan manifiesta (pues no hay que imaginar como el vulgo que un diplomático miente por necesidad) que Mr. de Caulaincourt no podía resistir á evidencia tanta. Así con su veracidad característica escribió al punto á Mr. de Basano á quien temía poco, y á Napoleón á quien temía mucho, para enterarles una vez más de la situación verdadera, y de cuán grande y aun cierto era el peligro de una próxima adhesión del Austria á la coalición, lo cual hacía completa y definitiva la unión de Europa contra nosotros; situación peligrosa, pero sostenible en 1792, cuando nos estrenábamos en la carrera de las revoluciones, cuando estábamos llenos de pasión y de esperanza, cuando éramos injustamente atacados y no duramente opresores; situación al revés desastrosa, cuando estábamos agotados de fuerzas, cuando estábamos en falta contra todo el mundo, cuando todo el mundo sentía contra nosotros la indignación que constituyó en 1792 nuestro empuje. Tan vivo y tan sincero era el convencimiento de Mr. de Caulaincourt sobre este punto que, conociendo la ambición de Mr. de Basano, queriendo apelar á esta ambición en auxilio de la honradez muy efectiva de este ministro, y suponiendo que acaso sería sensible al honor de firmar en persona la paz del mundo, le instaba á ir á Praga, como revestido con la confianza del emperador, con todos sus poderes, sin necesidad de perder las últimas horas que aún quedaban para consultar lo que fuera de su agrado, y á ser objeto de un arrebató universal de reconocimiento llegando á celebrar una paz que iba á salvar á tantas víctimas, y probablemente entre el número de ellas á la misma Francia.

Mr. de Basano, que era tan buen ciudadano como se lo permitía su completa sumisión á su soberano, sin

duda cediera á tanta razón y á tanto patriotismo, si tuviera voluntad propia; pero, no reconociendo más que una en el mundo, la de Napoleón, con la cual no disputaba más que con la de Dios mismo, se contentó con satisfacer las vivas instancias de Mr. de Caulaincourt, concediéndole algunas facilidades para tratar la cuestión de forma, sin salir á pesar de todo de las latitudes que se le habían trazado. Así por ejemplo permitió á los dos negociadores franceses que entregaran una copia certificada de sus poderes al mediador, para que éste la trasladara á los plenipotenciarios prusiano y ruso, de modo que esta primera comunicación se efectuara según el método deseado por nuestros adversarios, si bien prosiguió exigiendo que el canje definitivo de los poderes se verificara en una común conferencia. En cuanto á la forma de la negociación misma, se avino á que los plenipotenciarios prusiano y ruso procedieran por notas oficiales, pues lo querían así para poner su responsabilidad á cubierto, si bien á condición de que los plenipotenciarios franceses pudieran discutir en notas estas conferencias, donde se hallaran reunidas las partes contrarias.

Miserables eran estas sutilezas y muy indignas de una situación tan grave. Mr. de Basano escribió á Napoleón á Maguncia, que concedía estas latitudes á fin de que todas las cuestiones de forma estuviesen zanjadas á su vuelta á Dresde, y de que hallase las discusiones preliminares terminadas, por si le convenía entonces dar un giro serio á la negociación en los cinco ó seis días restantes (1).

Napoleón se hallaba al presente en Maguncia adonde se había encaminado, según queda dicho, para pasar

(1) Por si á alguien se le hiciese cuesta arriba creer que se trataba de hacer tan ilusorias como decimos las negociaciones de Praga, insertamos el siguiente extracto de una carta de Mr. de Basano al emperador, fechada en Dresde el 1.º de agosto á las cuatro de la mañana.

«Transmito á V. M. los despachos de sus plenipotenciarios. He creído que debía responderles sin aguardar las órdenes de V. M. Estamos á 1.º de agosto: mi carta no partirá hasta hoy por la mañana; los plenipotenciarios no la recibirán hasta mañana, y habrá transcurrido tiempo bastante para que, según las instrucciones que V. M. me ha dejado, se llegue al 10 de agosto, sin empeñarnos mucho. Me ha parecido que entraba menos en la intención de V. M. el llevar tan lejos las discusiones sobre cuestiones de forma que pusieran de manifiesto el proyecto de ganar tiempo, en razón de que naturalísimamente llegaremos al instante de la vuelta de V. M. á Dresde, sin que la negociación haya hecho progresos reales, ni esté comprometida ninguna de las cuestiones. Apenas estará iniciada la del abastecimiento de las plazas.

»De las tres cuestiones suscitadas, la relativa al canje de los poderes y al sitio de las conferencias se resolverán por sí mismas.

»Respecto del método que debe emplearse (desde esta palabra se halla escrita la misma de puño y letra de Mr. de Basano) para negociar he creído que no podíamos diferir durante muchos días la respuesta, sin cargar sobre nosotros estos retardos, al par que de hecho, si Mr. de Metternich insiste en una proposición que atenta contra todos los derechos y todos los usos, no se le podrán imputar más que á él todos los obstáculos en que la negociación tropiece.

»Aunque las declaraciones hechas á MM. de Vicencio y de Narbonne y á Mr. André no tengan quizá por objeto hacer su actitud de mediador más imponente, en las miras de V. M. pudiera entrar que desde su llegada á este punto se diera un giro más grave á las negociaciones para que no osara el ministro austriaco romperlas. Bajo este supuesto he juzgado que convendría á V. M. hallar las discusiones preliminares casi terminadas.»

(N. del A.)

algunos días al lado de la emperatriz y para ver de paso á las tropas que venían de marcha, los trabajos emprendidos, y en suma, todo lo que necesitaba de su presencia para ser perfeccionado ó llevado á remate. Habiendo partido en la noche del 24 al 25 de julio, llegó el 26 por la tarde á Maguncia, donde le esperaban una brillante corte, ida allí por comitiva de la emperatriz desde la capital de Francia, y muchos de sus agentes que fueron á recibir sus órdenes directas. Desconsolada encontró á la emperatriz y ocultando sus lágrimas al público, si bien no vacilando en derramarlas á presencia de su glorioso esposo, porque le tenía sincero cariño, temblaba por su vida y por su fortuna, temía por sí propia que la nueva declaración de guerra del Austria despertara entre los franceses todos los odios populares bajo los cuales había sucumbido la desgraciada María Antonieta: deseaba retener en la alianza francesa á su padre, á quien amaba y por quien era amada, pero ni podía vencer la tranquila inflexibilidad del emperador Francisco, ni menos el fogoso humor de Napoleón, y hacía lo que hacen las mujeres en su impotencia, se entregaba al llanto. Desconocido ha quedado el secreto de la entrevista de Napoleón con María Luisa (2), y quizá ha quedado desconocido á causa de ser nulo, pues Napoleón no quería cargar á la emperatriz con lo más leve, tratándose los negocios en Praga de modo que no podía prestar allí ningún servicio. Verla anhelaba y consolarla, y darla públicos testimonios de ternura, cosa que debía ser de buen efecto así para Austria como para Europa: también á impulsos de su habitual desconfianza anhelaba penetrar si ella habría recibido de la corte de Viena alguna comunicación clandestina que pudiera ilustrarle acerca de los designios de Austria. Pero en todo caso resentíase de completamente inútiles tales esfuerzos, porque Austria había dicho todo su secreto por boca de Mr. de Metternich, secreto limitado á significar en suma que, bajo ciertas condiciones enunciadas cien veces, detendría á Europa, la obligaría á deponer las armas, promovería la paz, y no sólo continental, sino también marítima, y que fuera de estas condiciones, declarándose al punto nuestra enemiga, tomaría parte en la coalición universal que se formaba contra nosotros. Por consiguiente nada tenía que averiguar Napoleón de María Luisa, pero proporcionó el placer de pasar algunos días á su lado, y entretanto despachó sobre el terreno una porción de asuntos civiles y militares. Con aquella prepotente mano de donde se podían escapar el bien y el mal de idéntico modo, dejó efectivamente que brotaran el mal y el bien con la acostumbrada prodigalidad de su genio. A Maguncia había querido ir el duque de Rovigo para hacer en favor de la paz una nueva tentativa, ilustrando á Napoleón sobre el estado de la opinión pública, y sobre el peligro que corría de enajenarse al cabo el afecto de Francia. Verdaderamente la opinión pública se hallaba en una ansiedad indecible, empezando á temer que, reunido tan tarde el congreso, no diese ningún resultado. Llenos estaban los enemigos de Napoleón de esperanza, y llena la mayoría del país de pesadumbres y de

(2) El príncipe Cambaceres, confidente y director de la emperatriz regente, declara en sus Memorias, tan sencillas como verídicas, que nada logró saber relativamente á este punto.

(N. del A.)